

Me desperté muy agitado aquella mañana. Tuve una pesadilla en la que alguien me susurraba cosas al oído sin cesar. Por un momento pensé que era mi hermana Martina pero al abrir los ojos vi una figura completamente desconocida. Tenía un manto negro que le tapaba la cara, unas manos recubiertas de postillas y llagas y los ojos eran de un verde aceituna que te atrapaban; en cierto modo esos ojos me recordaban a los de mi abuela que murió dos años atrás.

Me llamo Jacob, aunque todos me conocen como “el pecas”. Ese mismo día en el colegio teníamos un examen de matemáticas (en el que por cierto saqué muy buena nota). Cuando salimos al patio vi a una niña llorando en una esquina al lado del famoso almendro de mi colegio. Me acerqué para ver qué le ocurría preguntándome si sería algún problema grave y me comentó que una niña le había quitado su muñeca favorita. Entonces fui a buscar a aquella niña para recuperar la muñeca y una vez en mis manos fui a buscar a Alexis (la niña que lloraba por su muñeca). Me sentí orgulloso de haber realizado una buena acción. Cuando llegue a mi casa le conté a mi madre lo sucedido y me felicitó por ello. Esa misma noche soñé con la voz que me susurraba cosas al oído, pero esta vez estaba totalmente convencido de que no era un sueño y de que se trataba de la voz de mi abuela. Al día siguiente estuve pensando en ello y me regañaron varias veces porque no estaba atento en clase.

Estuve varios días sin escuchar la voz de mi abuela hasta que un buen día en el que ayudé a una mujer a subir la compra la volví a escuchar. Empecé a pensar que a lo mejor la voz de mi abuela sólo se escuchaba cuando realizaba una buena acción. Lo comprobé realizando buenas acciones todos los días una buena acción y tal y como yo pensaba todas las noches escuchaba la voz de mi abuela. Una de las noches decidí quedarme despierto para ver si podía ver de dónde procedía la voz que tantos recuerdos del pasado me traía; esa noche, sin embargo, no sucedió nada. Decepcionado, ya no me volví a quedar despierto ninguna noche más: y empezó a aparecer de nuevo la voz. Comprendí que la voz aparecería mientras yo estuviera dormido.

Pasaron los días, los meses, incluso varios años y la voz, poco a poco, fue espaciando su presencia y se presentaba cada vez más débil y apagada, hasta que un día desapareció totalmente. Mi abuela sabía ya, desde el otro lado, que mi vida nunca se apartaría del bien.

FIN